

Laurence & Laurence

Llevaba unos meses trabajando con Laurence. Ella servía y yo preparaba los platos. Nos gustaba.

El salón de té daba al frondoso paseo de un gran bulevar. Aquellas vistas y aquella animación nos encantaban, y todos los días nos alegrábamos de habernos lanzado a la aventura y de haber convencido a los bancos, y también a nosotras mismas.

Laurence dominaba el inglés a la perfección, y eso podía venir bien de vez en cuando; a mí me gustaba oírle hablar en inglés con esos gestos que me parecían encantadores, sobre todo cuando se ponía la túnica de mangas anchas. Explicaba a los extranjeros cómo llegar al Louvre o a los Campos Elíseos, o incluso cómo ir a la Académie de la bière a tomar una cerveza o una copa de champán a la Villa.

Llevaba el pelo rubio decolorado. No iba al mismo peluquero para las mechas que para el corte. Estaba desesperada porque la peluquera que le teñía iba a jubilarse, y a mí me parecía espléndido que algo así pudiera desesperarla. Yo observaba cómo fruncía los labios, agrandaba los ojos y

retorcía las manos, y su desesperación cuando decía «nunca volveré a encontrar exactamente este tinte y esta dosificación» no me hacía sonreír, sino compadecerme con toda sinceridad, y eso que hay gente que se muere de hambre en la calle.

Precisamente, si todo se estropeó fue por un hombre que se moría de hambre en la calle.

Yo había llegado antes, como siempre. Aquella mañana no había podido pelar las verduras tranquilamente en mi casa, como solía hacer para no trabajar de pie en la cocina del salón de té. Me había retrasado por una inundación. A mi vecina se le había desbordado la bañera porque –así se justificó– la había llamado su hija de Nueva York. Yo ya sabía que su hija de Nueva York era lo que «la mantenía con vida», que era la expresión que siempre usaba cuando hablaba de su hija de Nueva York, y no hablaba de otra cosa, aunque nadie en el edificio tuviera el menor interés en hablar con ella sobre su hija. Pero ella se te pegaba en cuanto te la cruzabas y te decía que sin su hija de Nueva York se moriría. Daba igual que fuera por la mañana temprano o tarde por la noche, no había escapatoria; ella estaba pendiente de las idas y venidas del edificio para explicar a propios y extraños cuánto quería a su hija de Nueva York.

Aquella mañana, la vecina se alegró de que yo acudiera y constatará personalmente la increíble existencia de su hija de Nueva York, cuya voz la había distraído al punto que había olvidado por completo que se estaba preparando un baño.

Salí de casa algo antes de lo habitual, porque si me quedaba a pelar las verduras llegaría después de Laurence, y no quería cambiar nuestras costumbres. Aún hoy me sigo preguntando

por qué la idea de que Laurence fuera la primera en entrar en el salón de té me resultaba tan insoportable. Me gustaba recibirla y decirle lo bien que le quedaba lo que se había puesto, desde luego, pero no era la única razón. Me gustaba girar la llave en la cerradura, empujar la puerta y sentirme como en casa.

Para entrar al salón de té solíamos pasar por el edificio, a través de un pasillo estrecho que conducía a la puerta de atrás. Aquella mañana, cuando estaba a punto de terminar de pelar las zanahorias, oí un grito asustado, un grito de Laurence, agudo aunque contenido, que se parecía a su manera de estornudar, con breves sacudidas espaciadas con elegancia y controladas con habilidad.

Fui corriendo a abrir la puerta y ver qué había provocado el grito, pero no pude más que entreabrir la, porque una masa informe impedía la apertura completa.

—Es un vagabundo.

La voz alarmada de Laurence llegaba a mis oídos, pero no podía verle la cara.

Empujé un poco más la puerta, pero en esta ocasión me detuvo un gruñido.

—Ábreme por delante, y echa la llave a esta puerta —dijo Laurence.

Obedecí su orden, porque era indiscutiblemente una orden, y de su voz había desaparecido cualquier resto de alarma.

Subí la persiana metálica y el día penetró en el salón, vivaz y hermoso; era un día de marzo que las previsiones del tiempo habían descrito como un anuncio de la primavera.

Laurence estaba tan guapa que mareaba. Se había puesto unas botas de tacón con costuras llamativas que le daban un

aire mitad motorista, mitad princesa, medias violetas que conjuntaban con un vestido sin mangas de color rosa viejo y una camisa de seda violeta. El frambuesa sobre sus labios crispados remataba el efecto: estaba despampanante.

–¡Dios mío, qué guapa estás!

–¡Menudo momento para decirme que estoy guapa! –respondió con sequedad–. Hay un vagabundo en la puerta.

En qué momento preciso nos damos cuenta de que todo ha terminado, cómo lo sabemos, por qué lo entendemos con tal claridad que las manos se retuercen en el estómago, sin que se vea, cientos de manos que rebuscan entre las tripas mientras por fuera nuestro rostro está liso y dispuesto a repararlo todo, nuestra expresión absorbe el asunto con buen humor, enfadarse por tan poca cosa, ya ves, con lo fácil que es seguir juntas, sí, juntas, eso es lo que cuenta.

Laurence, mi querida Laurence, siempre seré tu amiga, pase lo que pase, y voy a echar a ese dichoso mendigo que tanto te perturba.

–Perdona –dije.

–Me parece que no te haces una idea clara de la situación.

–Claro que sí, ha debido de ser espantoso.

–Es horrible, ¿qué vamos a hacer?

–Le echaremos. Le voy a echar, no te preocupes.

–Abrimos dentro de media hora.

–Dentro de media hora ya no estará.

Laurence estaba descompuesta. Yo tenía que reaccionar, pero no sabía echar vagabundos, nunca había tenido que echar a ninguno.

Dije a Laurence:

–Quédate ahí. Prepara la sala. Haz como si no pasara nada. Ya me ocupo yo.

–Gracias, Laurence.

Laurence no solía llamarme por mi nombre. Laurence era ella, no yo, era algo casi de común acuerdo. Lo consideré como una súplica para que echara al vagabundo. Echar al vagabundo, echar al vagabundo, echar al vagabundo.

Empecé a pelar una zanahoria.

–Pero ¿se puede saber qué haces? –preguntó Laurence, y su gesto se volvió adusto.

–Necesito tomar aliento, mira tú, y pelar me tranquiliza.

Había conocido a Laurence en una fiesta horrible a la que me habían invitado por error. Por aquel entonces yo compartía piso con una amiga cuyo trabajo era preparar los programas de «Lejos de los ojos, cerca del corazón». Era la encargada de hacer los reportajes. Un día me suplicó que fuera en su lugar a una cena donde, me garantizó, nadie advertiría el cambio; bastaría con que yo diera su nombre. Por motivos oscuros, quería que se supiera que había asistido. Como su mutismo era de notoriedad pública, insistió en que yo no tenía más que estar callada y sonreír, y me aseguró que nadie me preguntaría nada.

Para ahorrarle a esta amiga una tarde que no le apetecía, me encontré sentada a una mesa de varios metros de longitud. A su alrededor había gente de la tele, pero también de otras partes. Ahí estaba Laurence, más en su salsa que cualquier personaje de la tele. La habían invitado por ser la prima de una mujer que gracias al programa se había reencontrado con su amor de la infancia y aquello había terminado en boda, niños y felicidad.

«La verdad es que me había incrustado un poco», me dijo en confianza tiempo después, cuando quise saber qué pintaba ella allí.

–Ya has terminado de pelar la zanahoria, ve.

Di un respingo. No me había dado cuenta de que la tenía a mis espaldas, y su voz grave en mi oído me hizo soltar el cuchillo.

Me di la vuelta, con la zanahoria en la mano. Su cara estaba justo a mi lado, una cara amenazadora y terrorífica. Yo quería decirle que se apartara, que no tenía por qué recibir órdenes de ella, pero me sentía incapaz de hacerlo. Di tontamente un mordisco a la zanahoria y, entre bocado y bocado, dije:

–Voy.

Me acerqué a la puerta de servicio y la abrí con mucho cuidado. Nada de masa informe, nada de resistencia. Por un momento pensé que el vagabundo se había ido, y le estuve agradecidísima. Pero no: seguía ahí. Se había separado de la puerta y su cuerpo reposaba en medio del patio, ocupado en parte por un cubo de basura enorme.

La masa había rodado. ¿Qué es una masa? Es una cantidad relativamente grande de sustancia sólida o pastosa, que no tiene forma definida, o cuya forma no se tiene en consideración.

Me acerqué a la masa.

–¿Oiga?

La masa no respondía.

–¡Oiga!

Nada.

Era incapaz de tocarlo. Pero hacía falta que algo sólido se topara con aquella blandura.

Le toqué con el pie.

–Oiga.

Nada, nada una vez más.

Me incliné hacia él y, como si sintiera mi presencia, al fin se movió.

–¡Oiga!

Se acodó y abrió un ojo, mirándome.

–No se puede estar aquí –le dije con dulzura.

–Pues entonces, váyase –me respondió él, también con dulzura.

–Yo no puedo irme, porque trabajo aquí.

–Pues yo, ni trabajo aquí, ni me quiero ir.

Todo aquello era muy preocupante. Ese hombre estaba cansado y necesitaba descansar.

–Vale, pero le aviso de que si se queda va a meterse en líos.

–Líos, qué mas da aquí o en otro sitio.

–A lo mejor llamo a la policía –avisé, y lamenté de inmediato mi «a lo mejor».

–Sí, a lo mejor viene la policía, pero mientras viene, déjeme en paz.

Volví al salón de té dispuesta a contarle a Laurence lo sucedido, pero no hizo falta. Laurence lo había oído todo por el resquicio de la puerta, que yo dejé entreabierta.

–¡Muy bien! ¡Eso sí que es ser valiente! –opinó.

–¿Qué querías que le dijera?

–Voy a llamar a la policía.

–¡Ni se te ocurra!

Lo dije a gritos. No me apetecía ver a la policía por un hombre que necesitaba descansar.

Para convencerla de que no llamara, expliqué:

—No nos ha pedido nada, ni un mendrugo de pan.

«Ja, ja, ja.» Laurence empezó a reírse echando la cabeza hacia atrás. Con esa misma risa se defendió aquella famosa tarde de «Lejos de los ojos, cerca del corazón», cuando todos se la quedaron mirando porque propuso un juego muy tonto. Su risa me pareció muy agradable y, sin embargo, no era una risa franca, como suele decirse. Más adelante la oí reírse con franqueza, y me gustaba más la otra risa, la falsa, que le pegaba mucho más.

—¿Y a qué esperas para ofrecerle un hojaldre?

Laurence me estaba provocando. Le brillaban los ojos y tenía los labios vueltos hacia fuera, con un rictus que no le había visto nunca. Laurence era como yo imaginaba: mala. Y yo la había querido. Tanto que había vinculado mi vida a la suya haciéndole creer que sabía guisar. Ella lo creyó, y yo tuve que apuntarme a escondidas a clases de cocina para estar a la altura de lo que ella esperaba de nuestra asociación. Ni los hojaldres ni las galletas tenían ya secretos para mí.

Le di la espalda y abrí el horno, donde tenía algunos pasteles de la víspera, los que nosotras nos comíamos a eso de las tres de la tarde, cuando la sala ya estaba casi vacía. Saqué uno y lo envolví en papel de plata. Lo empaqueté con cuidado, como si estuviera embalando un objeto muy frágil. Hice todos los movimientos con el corazón latiéndome muy deprisa. Creo que era un pastel de puerros, uno de mis favoritos; desde hacía poco me encantaban los puerros y los preparaba a menudo, sí, estoy segura de que era de puerros, mis gestos eran lentos mientras mis pensamientos se dirigían como furias hacia algo que yo no controlaba y que podría parecerse al pánico. Empecé a dudar de la existencia de la hija

de Nueva York. Sospechaba que mi vecina mentía para seguir con vida. Sujetaba el hojaldre perfectamente envuelto en papel de plata con ambas manos, como si fuera una ofrenda, y no abandoné esa actitud de rey mago más que para abrir la puerta.

Gracias a Dios, ahí seguía el vagabundo.

Me acerqué a él. No se movía, parecía dormido. Yo pensaba: «Hombre, si duermes, bienaventurado seas pero, si no duermes, come».

El vagabundo se movió. Me arrodillé y pregunté:

–¿Tiene hambre?

Él emitió algunos sonidos incomprensibles.

–Tenga esto –le dije acercándole el pastel a la cara.

Se alzó apoyándose en los codos y me miró.

–¿Qué es? –preguntó con mucha desconfianza.

–Un pastel de puerros –contesté con una sonrisa–. He pensado que tendría hambre.

El vagabundo asintió y dijo:

–¿Qué le ha hecho pensar eso?

–Que está ahí, en el suelo, y estar en el suelo no es muy bueno. Si tuviera un techo no estaría usted ahí, en el suelo.

–No me gustan los puerros. Déjeme dormir, por favor.

El hombre suplicaba que le dejaran en paz. ¿Cómo negarle a un hombre la paz que pide?

Volví al salón con el pastel en las manos. Iba pensando en el sueño del hombre. Su sueño me atontaba y no era consciente de que estaba tirando el pastel a la basura, como no lo era de que buscaba frenéticamente con la mirada algo que pudiera servir de manta para proteger el sueño de aquel hom-

bre. Mi mirada se clavó en el abrigo de piel vuelta de cordero de Laurence. Ya no hacía tiempo para ponerse abrigos de piel vuelta de cordero, pero Laurence era friolera y lo tenía ahí colgado por si acaso, por esos días en que la primavera se parece al invierno. A un hombre que duerme en un patio con cubos de basura le da igual cuál sea la época, porque para él siempre es invierno.

Descolgué el abrigo entre los gritos de Laurence —«Pero ¡qué haces! ¡Deja ese abrigo en su sitio, te has vuelto completamente loca!»— y me aferré a él porque ella me lo quería arrancar de las manos.

Laurence soltó su presa y se alejó dándome la espalda, pero cambió de idea y se abalanzó sobre mí con la cabeza agachada, para cogermé por sorpresa. Yo la esquivé, ella se resbaló con los tacones, perdió el equilibrio y se dio en la cabeza con la esquina de la encimera.

Se desplomó como una muñeca —tan bonita— de trapo. Por un momento pensé que se había muerto. Vi que se había muerto.

Yo seguía con el abrigo de piel vuelta de cordero en las manos.

«¿Por cuánto dinero estarían dispuestos a acostarse con un vagabundo?», había preguntado Laurence alzando su voz sobre las demás.

Las conversaciones se pararon en seco.

«Es la pregunta más estúpida que he oído jamás», dijo alguien.

Pero superado el asco, superadas las reservas ideológicas y superadas las opiniones sobre lo absurdo de la propuesta, su-

peradas las muecas de rigor, todos, con alegría y buen humor, ayudados por el alcohol, cedieron. Al principio se discutió mucho, hubo quien se ofuscó, quien dijo que no, y luego, impulsados por la fantasía y ayudados por el dinero, se hicieron cálculos y se puso un precio. Todos se marcharon con su vagabundo bien metido en la cabeza, bien sucio, bien feo, bebido, maltrecho, vagabundo, y Laurence se rió mucho en el ascensor en el que coincidimos por casualidad. «Lo del vagabundo siempre funciona en las fiestas», aseguró.

Me propuso que compartiéramos un taxi. Le dije que sí, fascinada por aquella chica extravagante que era prima de una mujer de «Lejos de los ojos, cerca del corazón».

Ahora yacía a mis pies y me acarició una idea de justicia; sentí una especie de alegría que me dio escalofríos. Me abracé al abrigo.

Salí al patio. El vagabundo no estaba. De repente me sentí triste, con el abrigo en brazos. Fuera hacía un día precioso, y yo no tenía con quien compartir aquel cielo azul.

Eché una última mirada al cartel de nuestro salón de té. Laurence & Laurence. Era un nombre bonito.